

ORIGENES Y CARACTERISTICAS DE LA CRISIS CAPITALISTA ACTUAL*

D. F. MAZA ZAVALA**

RESUMEN: El capitalismo sufre dos crisis: una estructural y otra coyuntural grave. Éste entró a una etapa de reordenación para adaptarse a las nuevas condiciones y modalidades de su funcionamiento. Su colapso "no sobrevendrá como una explosión o una crisis general y mundial, sino como un proceso" que se efectuará gradualmente.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

1. Es una ley histórica, de suficiente evidencia, la transformación del capitalismo dentro de su estructura fundamental y en los niveles complementarios de su constitución económico/social como sistema.
2. Las transformaciones sufridas por el capitalismo a través de su historia pueden reducirse a las etapas siguientes: 2.1. El primer capitalismo de participación estatal (mercantilismo); 2.2. El capitalismo de libre cambio; 2.3. El capitalismo monopolista simple y convergente; 2.4. El capitalismo monopolista de participación

* Conferencia dictada en Santo Domingo, República Dominicana, Universidad Autónoma, mayo 1975.

** Economista e investigador de la Universidad Central de Venezuela, actualmente miembro del Congreso venezolano.

- estatal: 2.5. El capitalismo transnacional, múltiple. Cada una de estas etapas ha sido acompañada, e influida por grandes innovaciones tecnológicas y organizativas, que impulsaron el desarrollo de las fuerzas productivas y del propio sistema como totalidad.
3. En las postrimerías del capitalismo monopolista simple tiene lugar un cambio sustancial en la estructura económica del mundo: el establecimiento del socialismo en un gran país euroasiático (Rusia); el área socialista se amplía considerablemente después de la II Guerra Mundial, formándose una comunidad socialista de naciones. El antagonismo estructural capitalismo/socialismo signa decisivamente la dinámica capitalista —y la entera dinámica mundial— en los últimos 60 años.
 4. Los fenómenos críticos del capitalismo actual más relevantes son los siguientes: 4.1. El reemplazo de un sistema monocéntrico de poder por uno multicéntrico; 4.2. Las llamadas crisis monetaria y financiera del mundo occidental; 4.3. La inflación a escala total del sistema; 4.4. La llamada crisis energética y en general la crisis de productos primarios; 4.5. Una incipiente crisis tecnológica como expresión de la contradicción entre el desarrollo acelerado de las fuerzas productivas dentro de un modelo agotador de recursos naturales y humanos y las limitaciones crecientes de sus bases de sustentación; 4.6. La emergencia de un poder compensatorio de las desigualdades internacionales dentro del capitalismo, bajo la forma de la OPEP y en general de la formación de un frente defensivo económico de los países del «tercer mundo».
 5. El capitalismo ha sufrido, a través de su historia, varias crisis, la mayoría de índole coyuntural y recurrente (algunas bastante graves) y otras relacionadas con transformaciones intraestructurales por las cuales el sistema adquiere nuevas formas de expansión, sin que se afecten en lo esencial las relaciones estructurales básicas ni los niveles complementarios valorativos que constituyen la concepción capitalista de la vida social. *En la actualidad el capitalismo atraviesa una crisis intraestructural causada por la transición del capitalismo monopolista con participación estatal al capitalismo monopolista transnacional, conjuntamente con una crisis coyuntural grave.*
 6. Se está realizando, o comienza a realizarse, una etapa de *reordenación del capitalismo para adaptarlo a las nuevas condiciones y modalidades de su funcionamiento*. Esta reordenación exige varios ajustes más o menos importantes, entre los cuales deben mencionarse los siguientes: 6.1. Diversificación del poder central domi-

- nante del sistema, pero con unidad estratégica en lo fundamental; 6.2. Redefinición del régimen de dependencia de la periferia con respecto al sistema, con una progresivamente modificada división del trabajo y menos desigual relación de intercambio; 6.3. Organización transnacional de las fuentes de acumulación y de su realimentación, pero utilizando como bases de apoyo los centros dominantes; 6.4. Desarrollo de una tecnología menos dependiente de la explotación directa de recursos naturales agotables y menos contaminante del medio ambiente; 6.5. Aumento de los productos macroeconómicos (obras de infraestructura) con respecto a la producción total de bienes durables; 6.6. Establecimiento de un nuevo régimen monetario, con un patrón múltiple, cotizaciones flexibles y reservas diversificadas; 6.7. Intercambio internacional más sometido a regulaciones mediante convenios entre bloques.
7. Pueden apreciarse signos de una incipiente reacción del consumidor, en los propios centros dominantes, ante los excesos, deformaciones y perversiones del «consumismo» o «sociedad de consumo». Esto no debe interpretarse como la subversión inmediata, ni siquiera a corto plazo, del modo capitalista de vida; pero permite augurar el colapso del patrón de consumo, ya que el propio capitalismo genera condiciones sociales que conducen a su negación.
 8. Por último, pero no menos importante, puede señalarse la emergencia de modelos socialistas nacionales, que podrán multiplicarse en el futuro. Esta emergencia reducirá progresivamente el radio de acción del capitalismo, cuyo colapso no sobrevendrá como una explosión o una crisis general y mundial, sino como un proceso a cumplirse en el tiempo, en el espacio y en las instancias estructurales y valorativas de la sociedad.

1. ¿EXISTE UNA CRISIS CAPITALISTA EN LA ACTUALIDAD?

Es una ley histórica, de suficiente evidencia, la transformación del capitalismo dentro de su estructura fundamental y en los niveles que complementan la constitución de este sistema económico/social. La dinámica capitalista es compleja; pero puede ser analizada para identificar los movimientos característicos cuya huella ha quedado bien establecida en los hechos significativos de la historia económica, social y política. Esos movimientos pueden ser clasificados en dos grandes categorías: I) los de corto plazo; II) los de largo plazo.

En términos generales se trata de movimientos de índole coyuntural, es decir, sujetos a recurrencia, aproximadamente periódicos, y cuya evolución se cumple en un tiempo promedio de diez años. Los ciclos de este alcance están bien demostrados tanto teórica como empíricamente, aunque algunas veces —siempre en las fases de prolongada prosperidad económica— se ha puesto en duda la recurrencia de la depresión, considerada ésta como una fase negativa y contradictoria dentro de la tendencia a la expansión secular de la economía capitalista. Así fue —por citar sólo circunstancias relativamente recientes— durante la década de los veinte de este siglo, de predominio teórico de la escuela neoclásica burguesa sustentada en la inmanencia del equilibrio global y en los autocorrectivos del sistema ante perturbaciones exógenas o endógenas; en la praxis económica los signos expansivos de la actividad, de cierta persistencia en los centros desarrollados, permitían abrigar el optimismo, aparentemente candoroso, de una definitiva superación de las crisis coyunturales. El abrupto colapso financiero de septiembre de 1929, seguido de una larga y profunda depresión que alcanzó prácticamente hasta 1935, quebrantó definitivamente la estructura teórica liberal y la esperanza pragmática de la derrota de la coyuntura depresiva. Entre los escasos pensadores e investigadores que sustentaban la tesis de la necesidad, incluso positiva, del reajuste económico, pero dentro de un movimiento con propensión al equilibrio, destacaba la figura de J. A. Schumpeter,¹ que comprendía las limitaciones históricas del capitalismo y sus fenómenos de adaptación a los cambios generados en el seno de la propia organización capitalista, entre ellos, notablemente, la emergencia del monopolio, las modalidades del capital y las alternativas de la acumulación y el beneficio, naturalmente en una concepción burguesa. La otra ocasión significativa en que pareció retornar el optimismo de los años veinte, o el supuesto olvido de la recurrencia de la depresión económica, podemos situarla en la década de los sesenta, aunque el sustento teórico se había modificado con la aportación crítica de J. M. Keynes y su escuela teórico/pragmática², y la expectativa se orientaba según la eficiencia relativa de los instrumentos de prognosis económica y de las políticas correctivas o precautelativas para evitar la fase de descenso. Sobrevino, sin embargo,

¹ *Teoría del desenvolvimiento económico* (primera edición en español), FCE, México, 1944.

² *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (primera edición en español), FCE, México, 1943.

el receso de 1973 al presente, particularizado en el primer centro capitalista, los EUA.

Los ciclos aproximadamente decenales representan una característica del desenvolvimiento capitalista, con rasgos esenciales genéricos, pero con modalidades específicas, en cada coyuntura, inducidas por las variaciones intraestructurales del propio sistema y sus instancias históricas concretas. En un esquema muy simple, pueden distinguirse cuatro condiciones intraestructurales de las coyunturas de corto plazo; en orden de sucesión: a) el capitalismo liberal; b) el capitalismo monopolista simple; c) el capitalismo de participación directa del Estado; d) el capitalismo transnacional.

He indicado en el párrafo anterior la existencia histórica de condicionantes intraestructurales del desenvolvimiento coyuntural capitalista. El advenimiento de esos condicionantes marcó etapas en la expansión secular del sistema. Pueden evidenciarse, sin embargo, algunas recurrencias de largo plazo, en niveles dialécticamente superiores: el capitalismo de participación directa del Estado antecedió cronológicamente al capitalismo liberal, pero en una época de bajo desarrollo de las fuerzas productivas y de incipiente estructura capitalista; el capitalismo de participación directa del Estado, con alto desarrollo de las fuerzas productivas y pleno desenvolvimiento de la estructura capitalista, sucede al capitalismo monopolista simple, que a su vez había sucedido al capitalismo liberal. El desarrollo de las fuerzas productivas se acelera en cada nueva etapa de transformación capitalista y las relaciones de producción básicas y complementarias van alcanzando nuevas zonas de influencia, modificándose el complejo operativo del sistema y extendiéndose en el espacio económico. Los medios y mecanismos de acumulación se concentran, se fortalecen, se perfeccionan, se internacionalizan y se mundializan a nivel de sistema. Los alcances del capital se desplazan hacia la totalidad de las relaciones sociales, y las categorías de mercancía, plusvalía, beneficio, reproducción y explotación incorporan las propias transformaciones sufridas por el modo capitalista como organización productiva y como concepción de la vida social.

La secuencia de establecimiento de las condiciones intraestructurales del desarrollo capitalista obedece a las leyes de este mismo desarrollo, y concretiza sus contradicciones inmanentes y necesarias como formas de revitalización de la dinámica del sistema. Así, el primer capitalismo de participación estatal (el mercantilismo) al agotar sus posibilidades, o potencialidades de crecimiento, genera en su seno, como antítesis intraestructural, al capitalismo del libre cambio, que

propicia más eficazmente el desarrollo del sistema en sus relaciones elementales y aproximadamente clásicas hasta el punto de generar su forma contradictoria superior, el capitalismo monopolista simple, sin participación estatal, convergente en cuanto a las líneas de concentración y centralización y con supuestas lealtades nacionales; la expansión monopolística exige, en alguna instancia de su evolución, la incorporación directa de una sobreestructura —el poder público— para sobrevivir y continuar creciendo, en una forma superior, en el capitalismo monopolista de participación estatal, en la época posterior a la segunda guerra mundial, con mayor propensión a la internacionalización monopolista, y apariencias de multilateralidad (Fondo Monetario Internacional, Banco Internacional, Mercado Común Eurocidental, etcétera), pero con fuertes signos de concentración múltiple convergente/divergente y menores lealtades supuestamente nacionales; el desarrollo de esa última forma está conduciendo acelerada y evidentemente al *capitalismo transnacional*, de gigantescas corporaciones múltiples, en que el concepto de monopolio debe sufrir una complicación para comprender que lo que se monopoliza en esta última instancia —posiblemente la postrera— del capitalismo es la acumulación en sí, como un operativo prácticamente mundial, en que las fronteras nacionales son apenas una variable estratégica a tener en cuenta y las fronteras entre ramas y sectores de negocios se hacen sencillamente tácticas y reversibles.

Las grandes innovaciones tecnológicas y organizativas han acompañado, en forma casi sistemática, a las transformaciones intraestructurales del capitalismo. La etapa liberal recibe impulso de la primera revolución industrial, centrada en la combustión del carbón y en la relación directa entre el hombre y la máquina, desde el punto de vista tecnológico, así como en el auge de las compañías de capital. La etapa monopolista simple se puede vincular a la revolución del transporte y la comunicación (buques a vapor, ferrocarril, automóvil, telégrafo, teléfono, cable, etcétera), al surgimiento del petróleo como fuente de energía, al desarrollo de las industrias metalúrgica y química, en lo tecnológico, y al auge de las corporaciones horizontales y verticales en lo organizativo. La etapa monopolista con participación estatal ha sido la de una «segunda», o quizá tercera, revolución industrial y del transporte: automatización de los procesos productivos y operativos, computación, tecnología electrónica, aviación, industria armamentista, astronáutica, predominio del petróleo y el gas como medios energéticos, industria del plástico y otros sintéticos, mientras se establecía el llamado «complejo militar/industrial», se desa-

rollaba el Estado regulador de la economía y se consolidaban las corporaciones múltiples transnacionales, cuyo dominio señala el inicio de la etapa actual.

En las postrimerías de la etapa monopolista simple tiene lugar un cambio sustancial en la estructura económica del mundo: el triunfo y consolidación de una revolución socialista en un gran país euroasiático —Rusia—, con la consecuencia de que el mercado mundial se escinde, importantes fuentes de materias primas quedan fuera del control capitalista, la viabilidad concreta del socialismo alienta la lucha de clases en los países capitalistas avanzados y la lucha de liberación nacional y económica en los países no desarrollados dependientes del sistema capitalista. El antagonismo estructural capitalismo-socialismo señalará decisivamente la dinámica capitalista en la época posterior a la primera guerra mundial.

Haré referencia a los fenómenos más connotados y relevantes del desenvolvimiento contemporáneo del capitalismo a escala planetaria.

1.3.1. En primer lugar se observa el reemplazo de un sistema monocéntrico de poder —con eje en los EUA— por uno multicéntrico: Comunidad Económica Europea, EUA y Japón. Estados Unidos conserva el liderazgo político y militar, pero señalado ya por el deterioro y la duda. La emergencia de un poder multinacional europeo tiende a balancear la preponderancia norteamericana, incluso en la esfera política. Paradójicamente, ese poder fue impulsado por la expansión del capital norteamericano (financiero, industrial y tecnológico) y en buena medida es resultado de la polifacética operación de las transnacionales. También el desarrollo japonés —tan intenso y espectacular— ha sido facilitado considerablemente por el capital norteamericano. Aún dentro de márgenes de competencia monopolística está planteada una nueva división de los mercados capitalistas, incluyendo los mercados «nacionales» y los del «tercer mundo». Estados Unidos, una vez más, mantiene el monopolio de la tecnología más avanzada y de las fuentes más productivas de conocimientos científicos. La coordinación implícita —o explícita— de los centros capitalistas de poder sostiene la unidad del sistema, tanto frente al sector socialista como ante el sector no desarrollado del propio capitalismo. Hecho digno de nota es el surgimiento de un frente de defensa económica de los países no desarrollados dependientes, cuya vanguardia está representada en la OPEP, y que reclama el establecimiento de un nuevo orden económico internacional (un

sistema revisado de relaciones de intercambio, de transferencia tecnológica, cooperación financiera y estabilidad monetaria).

1.3.2. Las llamadas crisis monetaria y financiera del mundo occidental corresponden al proceso de reorganización del poder capitalista, específicamente al desarrollo del equilibrio multicéntrico y la expansión de las corporaciones transnacionales. Naturalmente, las explicaciones monetaristas enfatizan en la oferta incontenente de dólares a una tasa mayor que la de crecimiento real de la economía norteamericana —frente a una demanda que se amplía a menor ritmo—; el fortalecimiento de las divisas europeas (principalmente el marco alemán occidental) y del yen, la ineficacia del precio oficial internacional del oro, la pérdida sustancial de reservas monetarias por parte de los EUA, las tasas diferenciales internacionales de inflación y la conveniencia cada vez mayor de una divisa estable y verdaderamente multinacional. El dólar norteamericano aún es, sin embargo, la moneda de cuenta y de cambio del sistema capitalista y medio principal de reserva líquida. Los derechos especiales de giro (DEG) del Fondo Monetario Internacional (FMI) ofrecen inconvenientes considerables, frente a ciertas ventajas, para servir de patrón de cambio efectivo. El oro está definitivamente descartado como patrón básico monetario, aunque el «mito del oro» aún influye en las conductas de atesoramiento y especulación. La incertidumbre con respecto al futuro sistema monetario toma cuerpo en las fluctuaciones, acentuadas, de las principales divisas occidentales y el oro. Las variaciones apreciables de las tasas de interés (con una fase de alza aguda y sin precedentes y una de baja, en la actualidad) y de las cotizaciones bursátiles en los mayores centros financieros, la quiebra de bancos y otras entidades de la esfera monetaria/financiera y la movilización de importantes masas financieras entre aquéllos, son, entre otros, signos de graves perturbaciones en el sector de las finanzas, interrelacionadas seguramente con las que afectan las transacciones monetarias.

1.3.3. La inflación —hasta hace algunos años reclusa en un grupo de países no desarrollados— ha hecho presa en todo el cuerpo del capitalismo mundial. Las tasas inflacionarias son variables, de país a país, pero el fenómeno es persistente y se difunde internacionalmente. Se manifiesta principalmente en artículos manufacturados y servicios y por ello incide en el deterioro de la relación real de intercambio en perjuicio de los países exportadores de productos primarios e importadores de productos industriales. Característica importante es que este fenómeno inflacionario no ha estado presente tan solo en épocas de expansión económica, como podría esperarse,

sino también en procesos depresivos como el de 1973-75, dando lugar a un nuevo término híbrido: la *estanflación*. Intentando combatir la depresión coyuntural los gobiernos capitalistas han ensayado medidas de índole Keynesiana, que han abonado el impulso inflacionario. Así mismo, intentando frenar la onda inflacionaria, esos gobiernos han probado medidas ortodoxas de reequilibrio, combinadas con medidas heterodoxas de regulación de precios. Los resultados en uno y otro caso han sido contraproducentes y contradictorios. El recetario disponible neoclásico/Keynesiano ha mostrado ser ineficaz. En realidad, hay que desentrañar las causas estructurales del fenómeno —insuficiencia del patrón de producción, distorsión del patrón de consumo, perturbaciones tecnológicas, entre otros aspectos— para encontrar posibles correctores de los desequilibrios que generan las presiones inflacionarias.

1.3.4. El crecimiento del consumo de hidrocarburos a una tasa mayor que la de producción, condujo a un desequilibrio de abastecimiento, agravado contingencialmente por algunos hechos relacionados con el conflicto árabe/israelí (interrupción de la ruta de Suez y del oleoducto Tipline, embargo petrolero árabe a los países consumidores de occidente acusados de inclinación a Israel, etcétera), además del fracaso temporal del oleoducto de Alaska, la relativa escasez de tanqueros y los costos crecientes de nuevas exploraciones petroleras en áreas marginales y difíciles frente al envilecimiento de los precios de exportación del petróleo. La llamada crisis energética, centrada en la escasez relativa de hidrocarburos, se puso de relieve en el curso del año 1970, pero cobró singular intensidad en los años más recientes. Simultáneamente, se fortaleció el poder de la OPEP para fijar mancomunadamente precios de referencia de los hidrocarburos (valores mínimos de exportación a efectos fiscales), para propiciar mayores, menos injustas, tasas de participación fiscal en los enriquecimientos generados por la explotación de hidrocarburos, intervención creciente de los países productores en el negocio petrolero y normas reguladoras de conservación de los recursos naturales agotables. La inflación dominante en los países centros del capitalismo y el desequilibrio monetario concomitante han dado mayor fuerza a las exigencias de la OPEP en cuanto a una paridad real satisfactoria entre petróleo —y en general productos primarios exportados por el «tercer mundo»—, por una parte, y artículos industriales y tecnología, por la otra. La base última de este poder compensatorio consiste en la significación vital del petróleo para la operación de las fuerzas productivas totales y del aparato militar y de consumo del sistema capita-

lista. A corto y mediano plazo no se vislumbra ninguna alternativa económica frente a los hidrocarburos como fuente energética principal, ni tampoco se vislumbra debilitamiento alguno del poder de la OPEP en el sentido económico de la compensación. La condición favorable más digna de tener en cuenta es la solidaridad de los países no productores de petróleo del «tercer mundo» con la OPEP y el fracaso, hasta ahora, de los intentos de EUA —e indirectamente de otros países centos— para dividir el frente de los no desarrollados en la llamada «crisis energética». En relación con los mayores precios del petróleo —que probablemente se sostendrán, con algunos reajustes— ha ocurrido una transferencia masiva de fondos financieros y monetarios de los países capitalistas desarrollados a los exportadores netos de dicha materia prima, lo que les permite a éstos desempeñar un papel apreciable en el reordenamiento monetario.

1.3.5. Parece extraño hablar de una crisis tecnológica del capitalismo en una época de expansión espectacular de las potencias productivas del sistema, con aplicación sin precedentes de los adelantos científicos y tecnológicos; sin embargo, pueden notarse síntomas incipientes de lo que cabría denominar cuestionamiento del patrón tecnológico de la «Civilización Occidental». El despilfarro masivo de recursos naturales agotables, la práctica inexistencia de una economía de recuperación de desperdicios potencialmente valiosos, las lesiones graves —quizás irreparables— ocasionadas al patrimonio ecológico de la humanidad por la ilimitada explotación lucrativa, el derroche de capital en actividades improductivas y destructivas, el marginamiento relativo —y a veces absoluto— de fuerza de trabajo de diferentes niveles de calificación, las fallas esenciales en el acoplamiento con las necesidades reales de consumo de la sociedad, entre otros aspectos negativos, permiten someter a juicio el patrón de producción e inversión del capitalismo contemporáneo, y sus efectos inducidos en el patrón de consumo y de vida, para subvertirlo antes de que infiera males mayores a la capacidad de sobrevivencia humana. La tecnología capitalista —entendida comprensivamente, en sentido amplio— ha sido y es incapaz de superar la condición agotante de su base de sustentación, o sea la absorción irracional de recursos primarios limitados e irrenovables. Es, por consiguiente, una tecnología propensa indefectiblemente a la crisis, por no poder resolver la contradicción fundamental, inmanente, entre su continuo desarrollo y las limitaciones crecientes de su base material.

1.3.6. La conclusión que se deriva de las consideraciones anteriores es que el capitalismo ha sufrido, a través de su historia,

varias crisis, la mayoría de índole coyuntural y recurrente, entre las cuales algunas han sido bastante graves, y otras relacionadas con transformaciones intraestructurales por las cuales el sistema adquiere nuevas formas de expansión, sin que se afecten en lo esencial las relaciones estructurales básicas ni los niveles complementarios valorativos que constituyen la concepción de la vida de la sociedad capitalista. En la actualidad el capitalismo atraviesa una crisis coyuntural bastante intensa y complicada con una crisis intraestructural causada por la transición del modo de expansión secular del sistema a una modalidad que puede denominarse *capitalismo transnacional*, conjuntamente con la evolución acelerada del poder capitalista policéntrico. Existen indicios incipientes de una probable crisis futura, que afectaría a los patrones de producción, de inversión y de consumo, lo que podría conducir a una crisis general y decisiva del propio sistema.

2. REORDENACIÓN DEL SISTEMA CAPITALISTA

Los fenómenos mencionados, en proceso de desenvolvimiento en el mundo actual, indican en su conjunto que se está realizando, o comienza a realizarse, una etapa de reordenación del capitalismo para adaptarlo a las nuevas condiciones y modalidades de su funcionamiento. El sistema, a través de su historia, ha puesto de manifiesto una aptitud para la asimilación de sus desajustes y desequilibrios interestructurales y para sobrellevar sus contradicciones no antagónicas, sin que por ello resulte liberado de sus fallas estructurales que a la postre darán lugar a su colapso definitivo, no sin antes generar las condiciones para su reemplazo por una nueva forma de organización social que lo supere. Trataré de bosquejar los aspectos más relevantes de esta reordenación.

El proceso de acumulación de capital, en cuanto significa el modo eficaz de maximización a largo plazo de la apropiación y asignación del producto excedente, es el fenómeno esencial del capitalismo, la condición inmanente principal de su sostenimiento y ampliación. Las características, medios y modos de acumulación, por tanto, definen, en términos sustanciales, el grado de desarrollo del sistema, a nivel sectorial, nacional o mundial. La acumulación, fluctuante a diferentes tasas, es continua, aunque su medición se haga periódicamente. La acumulación refleja la relación antagónica entre la clase capitalista y la trabajadora a todos los niveles: de empresa, de industria, de país, de sistema con alcance mundial; refleja, de modo

concomitante, la relación de desarrollo entre el capital y el trabajo: por un lado, la masa técnica de capital en función productiva, la masa de maniobra monetaria y financiera, la organización empresarial, la organización coadyuvante de índole institucional y demás elementos que permiten asegurar el dominio integral de la producción, la distribución y la asignación de riqueza; de otro lado, la masa de fuerza de trabajo, en número y calificación, la organización sindical y las instituciones que regulan la función salarial, las prestaciones sociales, las fluctuaciones del empleo y otras variables de la actividad laboral. Los términos de la relación capital/trabajo son interactivos, con diferentes grados de concretización dependientes de la amplitud de la observación. El desarrollo de las fuerzas productivas afecta simultáneamente a la relación en referencia, bien sea elevando la eficacia global del capital, y/o bien aumentando la eficacia del trabajo en la creación del valor.³ Por tanto, la acumulación depende en razón directa del desarrollo de las fuerzas productivas y en razón inversa de la eficacia de la organización sindical para retener en la esfera del trabajador una proporción determinada del producto creado. En virtud de la desigualdad de crecimiento de las fuerzas productivas y de la organización sindical en los diferentes sectores, regiones y países, las tasas de acumulación varían; pero debe tenerse en cuenta que los mecanismos de traslación y de concentración del excedente permiten maximizar la acumulación en los sectores, regiones y países donde estratégicamente proporcione las ventajas ponderadas mayores al capital. Esta estrategia supone el progreso de la tendencia a la concentración y centralización del capital, no sólo en cuanto a masa de valor y en cuanto a masa técnica y operativa material, sino eminentemente en cuanto a escala geográfico/funcional de transacciones, lo que conlleva la tendencia histórica a la expansión capitalista, mediante la incorporación de nuevas actividades, nuevos campos de operación, nuevas áreas geográficas, por una parte; y la tendencia a la interregionalización, internacionalización y transnacionalización de los flujos

³ "Al estudiar el modo de producción capitalista, hemos visto la posición central ocupada en el proceso de la acumulación autocentrada por la relación de complementariedad entre la producción de medios de producción y la de medios de consumo. Esta relación implicaba otra, que liga el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (la productividad del trabajo social) y la tasa de plusvalía (por tanto el nivel del salario real). Esta última relación es fundamental: sólo ella permite comprender la naturaleza de la ley de tendencia a la baja de la tasa de ganancia, sólo ella permite aprender el concepto de acumulación autoconcentrada". Samir Amin: *Desarrollo Desigual*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1974, p. 76.

operativos, de los establecimientos de explotación y de la ubicación de capitales. Se han formado así varias y sucesivas periferias del capitalismo: la *periferia interna*, a nivel regional o nacional— el lejano oeste norteamericano, caso típico; la penetración capitalista del campo; la asimilación capitalista de servicios tradicionalmente domésticos, etcétera; la *periferia externa*, a nivel internacional y mundial: el tercer mundo. En relación con esta expansión, se han desarrollado los mecanismos de la desigualdad de la explotación, de la traslación y concentración del excedente y de la extranacionalización del complejo estratégico del capitalismo. Dejando al margen, como abstracción teórica pura, el fenómeno de la reproducción simple, estática, del producto y el capital, pienso que la reproducción ampliada —del modelo marxista ha sufrido y sufre históricamente algunas transformaciones: i) la fase de la *competencia atomística* que conducía tendencialmente al deterioro de la tasa de beneficio, con un límite teórico que era la propia desaparición del beneficio; ii) la fase del *monopolio simple* que supone una restringida estratificación de relaciones de explotación y rigideces operativas para los flujos reales y financieros, así como para la optimización de la acumulación a nivel de país y de sistema; iii) la fase de la *competencia monopolística* que conduce a la realización de acuerdos y arreglos para la regulación supracompetitiva de los mercados y las potencialidades industriales, con la consecuente reducción de la tendencia declinante de la tasa de beneficio (la réplica sindical obrera fue la organización por industria y la contratación colectiva a nivel industrial); iv) la fase de *capitalismo monopolístico con participación estatal*, en que el excedente, en parte, no se individualiza en la relación capital/trabajo, sino que tiende a identificarse como una variable macroeconómica, y la tasa de beneficio se transfigura en tasa de participación de los monopolios en la explotación global o múltiple; v) la fase de *transnacionalización* del capitalismo monopolístico, que se desenvuelve en la actualidad, en que la acumulación se constituye en un proceso a escala planetaria, con promediación ponderada de tipos de beneficio (empresariales, sectoriales, nacionales, regionales) y mecanismos avanzados de traslación, concentración y reasignación de excedentes, de tal modo que la reproducción no sólo se globaliza, sino que se hace *múltiple* (integración de un modelo multifuncional de reproducción ampliada, con relaciones verticales, horizontales y diagonales entre sus componentes de capital y producto; las relaciones clásicas marxistas eran horizontales/verticales, convergentes; las relaciones históricas llegan a ser múltiples, convergentes/divergentes). A juicio mío está

ocurriendo una transición acelerada del proceso de reproducción *ampliada convergente* al proceso de reproducción múltiple (ampliada convergente/divergente). Es necesario investigar, en instancias empíricas, esta nueva fase del desarrollo de la reproducción acumulativa.

La base material de crecimiento de las fuerzas productivas, que en última instancia consiste en el aprovechamiento de los recursos naturales, está sujeta a agotamiento por dos causas: por las propias limitaciones cuantitativas y cualitativas de esos recursos y por su destrucción o deterioro en razón de la explotación no conservativa. El capitalismo ha sometido a los recursos naturales a un grado de explotación sin precedentes, pero sin importarle mucho las lesiones ocasionadas a las potencias del suelo, de los bosques, de las fuentes de agua, de la fauna silvestre y de los yacimientos minerales y de hidrocarburos. Tampoco le ha importado mucho al capitalismo el deterioro del ambiente para la vida social humana, la implantación casi forzosa de un modo de vida basado en el consumo mecánico, en el acceso a bienes y servicios desechables, en la individualización del disfrute y en la novedad publicitaria subcientemente impuesta. El derroche de fuerzas productivas, paralelamente a su crecimiento acelerado, representa este tipo de reproducción capitalista que procede como si no existiese la finitud de la base material y como si el poder tecnológico fuese realmente independiente de la oferta efectiva de recursos productivos. La sustitución histórica —a escala secular— de la fuente principal de recursos energéticos (madera por carbón mineral, éste por petróleo y gas, posiblemente petróleo y gas por energía atómica, o energía solar y geotérmica, etcétera), muestra, por una parte, el dominio tecnológico, y por otra, la deseconomía real de recursos naturales; el capitalismo falla en armonizar estos dos procesos de crecimiento y ello implica un costo de desarrollo insosteniblemente alto a largo plazo. La salida racional consiste en la transformación de las fuerzas productivas, en la reordenación del patrón de producción para equilibrar el dominio científico/tecnológico de la naturaleza y la reproducción conservativa de las potencias naturales y humanas; pero ello exige necesariamente la transformación progresiva del modo de vida, la cualificación del disfrute, la selección social de metas de consumo y la socialización, por supuesto, de la explotación de los recursos naturales y de la relación hombre/máquina/naturaleza, como parámetro fundamental de un nuevo modelo de desarrollo. El capitalismo supramonopolista no puede resolver la contradicción esencial de su expansión —la necesidad de autorregulación de las

fuerzas productivas— porque ello significaría incurrir en costos de conservación no trasladables, ni asignables al salario real, es decir, costos a cargo del excedente apropiable; una vía, dentro del capitalismo, puede ser la elevación de la carga tributaria directa a nivel empresarial y la asignación de esos ingresos fiscales a los fines de conservación del medio natural y de saneamiento del medio social; pero, dada la funcionalidad del Estado como mecanismo de proyección de los intereses globales del capitalismo, esta vía de alivio o freno a la acción destructora que ejerce la expansión concentrada capitalista no ha mostrado suficiente eficacia social.

La expansión transnacional del capitalismo requiere, de todas maneras, bases de apoyo nacional o multinacional, en órbitas determinadas del poder político e institucional; de allí que se imponga la tendencia a la diversificación restringida de ese poder —del monocentrismo al policentrismo, de la potencia exclusivamente nacional a la potencia multinacional— con el surgimiento de contradicciones no antagónicas entre esas órbitas, que se resuelven a nivel estratégico mundial de unidad para la dominación y la explotación, aunque con variantes tácticas, como se ha puesto de manifiesto durante la llamada crisis energética y recientemente en la Conferencia de París preparatoria de una agenda para la discusión —o negociación— de un arreglo relativamente estable para las relaciones de intercambio entre productos primarios exportados por los países no desarrollados y productos industriales y tecnologías suministrados por los desarrollados. Se puso de relieve en esa reunión —y en su contexto— la unidad estratégica de los Centros de poder capitalistas; afortunadamente también se puso de manifiesto la solidaridad de los países dependientes en la defensa de intereses comunes. El virtual fracaso de la Conferencia de París conduce a pensar en la posibilidad del surgimiento de un nuevo poder compensatorio dentro del sistema capitalista: el frente solidario del tercer mundo.

La relación real de intercambio expresa en términos de valores internacionales la traslación de excedentes que corresponden a los diferentes grados de explotación de la fuerza de trabajo en razón de la desigualdad del crecimiento capitalista entre países y regiones. Existe, por tanto, una amplia gama de posibilidades de traslación de excedentes y de patrones de distribución del excedente entre los estratos nacionales del complejo clasista del capitalismo mundial. Los estratos subordinados de ese complejo, ubicados en los países no desarrollados dependientes, participan en condiciones de inferioridad del excedente generado territorialmente y luego son también exaccionados —desde

luego, en una situación menos desfavorable que la de las clases trabajadora y campesina— a través de la relación real de intercambio (RRI). El otro instrumento de traslación de excedentes es, naturalmente, el servicio del capital extranjero o ingreso abonado al «aporte» del capital extranjero a la generación del PTB. Históricamente la RRI entre los sectores del mundo capitalista —desarrollado y dependiente— se ha caracterizado por el flujo internacional de productos primarios y de productos industriales y se ha supuesto que la índole de la especialización productiva es responsable de la desigualdad real del intercambio, cuando en verdad el factor de esa imparidad es la diferencia del grado de explotación de la fuerza de trabajo, y la subordinación del estrato capitalista no desarrollado al poder de sustracción y de imposición de los estratos desarrollados superiores ubicados en los centros. La incipiente y fragmentaria industrialización lograda en los países dependientes por la vía de una aparente «sustitución de importaciones» y, en algunos de ellos, con progresos notables en sustitución de exportaciones, no ha resultado, ni puede resultar, en un mejoramiento de la RRI para ellos, por más que se haya enriquecido de algún modo el esquema de la especialización productiva. Una nueva variante de la división capitalista internacional —o transnacional— del trabajo puede conducir, dentro de algún tiempo, a una mayor industrialización de los países dependientes; pero la RRI continuará reflejando la imparidad de los valores internacionales o intersectoriales a nivel mundial. No reside, por tanto, principalmente en la índole de la especialización productiva la causa de la incidencia negativa de la RRI para los exportadores dependientes, sino precisamente en el no desarrollo como condición de la dependencia. Desde luego, puede admitirse que la industrialización dependiente contribuye a mejorar la RRI en cuanto implique un progreso real de la posición de la clase trabajadora del país dependiente; pero no desaparecerá la imparidad, sujeta a la desigualdad del grado de explotación y en esencia al menor valor de la fuerza de trabajo —como mercancía— de los países no desarrollados y subordinados.⁴ Por supuesto

⁴ “Independientemente de toda alteración de los precios resultante de una competencia imperfecta en el mercado de mercancías, el cambio desigual es la relación de precios de equilibrio que se establece en virtud de la igualdad de la tasa de ganancias entre regiones a tasas de explotación institucionalmente diferentes. El término institucionalmente significa que, por alguna razón, esas tasas de explotación se sustraen a la igualdad competitiva en el mercado de factores”. Arghiri Emmanuel: *L'échange inégal*, Maspero, París, 1969, p. 111.

esa imparidad tiene sus límites dentro de los cuales puede variar: la eficacia del monopolio transnacional y el nivel de subordinación efectiva del capitalismo dependiente o periférico. En el caso singular de los países petroleros, esos límites se han aproximado críticamente y todo está sujeto a la persistencia de esa aproximación: ha bajado, en este caso concreto, la eficacia monopolística transnacional, y ha subido sustancialmente el nivel de insubordinación del capitalismo periférico. La consecuencia ha sido, y es, una RRI mucho menos desfavorable a los países petroleros; pero sigue siendo desfavorable, porque persiste la desigualdad del grado de explotación.

La sociedad por acciones y la empresa de propiedad individual o familiar caracterizaron como formas organizativas la época del liberalismo. La sociedad por acciones «abierta» fue sustituida por la sociedad por acciones cerrada, con alta concentración de propiedad y la superposición de controles piramidales conocida como «holding», en la fase del monopolio vertical u horizontal simple. La forma accionaria piramidal continúa siendo la principal en la organización capitalista durante la fase monopolística con participación estatal; esta última no exige necesariamente la aportación directa de capital por el Estado, sino el apoyo implícito en el otorgamiento de contratos de inversión, de producción, de investigación, en la preferencia en compras de bienes y servicios, en la asignación de tareas de servicio oficial mediante compensación económica, en la concesión de subsidios y otras prebendas. La corporación múltiple (convergente y divergente), con inversiones de y en diferentes países, varios centros de ejecución y un órgano superior de decisión y planificación y negocios en diversas actividades aparentemente no relacionadas entre sí, denominada «conglomerado», es la forma más avanzada de organización empresarial capitalista en la época actual, aún con mínimas lealtades nacionales, pero con tendencia a la transnacionalización, es decir, a situar el poder de la corporación —aún es posible pronosticar la constitución de complejos de corporaciones— sobre el interés nacional específico y sobre el poder del Estado nacional.

Está planteado el problema de los límites seculares del crecimiento económico.⁵ Sin embargo, debe precisarse la condición estructural de esos límites. El tipo de crecimiento examinado por los expertos convocados por el Club de Roma es el capitalista, y en este sentido cabe admitir, por vía de hipótesis preliminar, que tales límites existen. Los antagonismos del sistema proyectados a

⁵ Varios: *Los límites del crecimiento* (Informe al Club de Roma).

escala planetaria sólo podrían resolverse mediante su transformación esencial, es decir, por la inversión de los factores que lo impulsan a la expansión incesante. Desde luego, no debe esperarse que el final ocurra cuando el ritmo de crecimiento sea nulo y el sistema entre a una situación de estancamiento secular, como la señalada por J. St. Mill.⁶ Sobrevendrán trastornos, crisis, subversiones, revoluciones con mayor probabilidad en el «tercer mundo», y la periferia del capitalismo se reducirá progresiva y enteramente. Aún después de ello el capitalismo subsistirá en los centros por un tiempo impredecible; pero a la postre también sufrirá la crisis irreparable y total, endógena aunque agudizada por las tensiones externas y la falta de apoyo internacional. La humanidad podrá salvarse, dándole el golpe de gracia al sistema que destruye las bases vitales y reduce los términos del progreso a la relación necesidad/mercancía y, cada vez más, a la de mercancía/necesidad artificialmente creada y sostenida.

3. DINÁMICA ESTRUCTURAL Y DINÁMICA COYUNTURAL DEL CAPITALISMO

En un párrafo anterior me referí a los movimientos de corto y de largo plazo en el sistema capitalista, que pueden ser identificados como coyunturales y estructurales, respectivamente. Me propongo insistir en estos aspectos de la dinámica capitalista en orden inverso, es decir, comenzando por los de índole estructural, que implican modificaciones en el complejo estructural sin cambio del propio sistema.

La ruptura y el colapso prácticamente definitivo del orden colonial demarcaron, en una perspectiva larga un tránsito importante a un nuevo régimen de relaciones entre los países desarrollados imperialistas y los países no desarrollados dependientes: puede denominarse a este régimen el *orden neocolonial*, correspondiente en términos generales a la segunda etapa del desarrollo imperialista, después de la primera guerra mundial. El régimen neocolonial consiste esencialmente en la dominación económica de los sectores básicos de la economía dependiente (explotación primaria para la exportación) mediante la inversión directa, y de algunos sectores no básicos, que operan para el mercado interno y marginal o eventualmente para la exportación (agricultura interna, industria manufacturera,

⁶ *Principios de economía política* (primera edición en español), FCE, México, 1943, capítulo VI, pp. 740 y ss.

transporte, comunicaciones, finanzas, comercio, etcétera) mediante la inversión indirecta (participación accionaria, cesión de patentes y marcas, prestación de servicios tecnológicos y gerenciales, etcétera) durante el proceso conocido como «sustitución de importaciones». La dominación económica implica una dominación tecnológica y una influencia política y cultural considerable por parte de los países centros del capitalismo. Pero la vinculación fundamental estriba en la explotación primaria a través de la cual se abastecen los países dominantes de materias primas y alimentos a precios bajos y con relativa seguridad, además de que obtienen ingresos sobre inversiones a tasas tan elevadas que les permiten recuperar el capital cada tres o cuatro años y les garantiza un mercado para sus artículos industriales y tecnologías convencionales. Este orden ha comenzado a quebrantarse con la adopción del socialismo por algunos países del «tercer mundo» —Vietnam, Corea del Norte, China, Irak, Siria, Argelia, Cuba, entre otros— y con la emergencia de la OPEP. Es probable la constitución de otros bloques defensivos de países exportadores primarios —en renglones como el estaño, el cobre, el azúcar, el banano, el café, el cacao, el mineral de hierro, están en vías de organización o prácticamente comenzaron a operar— y la coordinación de esos frentes parciales en uno general como el que se reveló en la pre-conferencia de París. Lo que anima a este movimiento de reivindicación, con objetivos limitados, es la toma de conciencia sobre el propio proceso de explotación internacional, y sobre la índole exhaustible de la base natural de sustentación de la economía exportadora que obliga a su revalorización y conservación. Por otra parte, los costos crecientes de los insumos y equipos industriales y de la tecnología suministrada por los países desarrollados, en términos reales expresados en unidades de exportación primaria, dificultan extraordinariamente la industrialización de los países no desarrollados y frenan el ascenso de su población a situaciones socioeconómicas menos desfavorables. Todo ello hace indispensable una redefinición de las relaciones entre los dos sectores del capitalismo: el desarrollado/dominante y el no desarrollado/dependiente.

Como dice B. Ohlin⁷ “. . . la teoría general de la formación de los precios es casi exclusivamente una teoría del *Unimercado*, en la que la idea de espacio, o sea, de diferentes mercados locales, apenas

⁷ *Comercio interregional e internacional* (primera edición en español), OIKOS-TAU, Barcelona, 1971, p. 21.

aparece en absoluto". El unimercado es un concepto estático y abstracto, ausente de espacio y tiempo, en que la formación del precio es un proceso único, automático y libre. En la realidad existen mercados múltiples, diferenciados, con restricciones más o menos graves a la interdependencia y, por tanto, con tendencias a constituirse en mercados cautivos, dominados, con condiciones específicas de localización e intercambio. Estas tendencias han sido impulsadas y desarrolladas por el capitalismo monopolista en sus diferentes fases de evolución y están siendo llevadas a sus últimas consecuencias en la fase actual, de transnacionalización, en que los movimientos de mercancías y factores están sujetos a la diferenciación de rangos de beneficio y de grados de explotación impuesta por las corporaciones múltiples. El concepto de mercado mundial se reduce a los términos de una abstracción, mientras proliferan los precios diferenciales, los circuitos casi cerrados de comercio y las ofertas exclusivas frente a una demanda alineada por la información intencional, la imagen sugestiva y las expectativas de posibilidad y de oportunidad. Paradójicamente la expansión mundial del capitalismo, en lugar de propiciar el mercado único, común, de alcance global, conduce a los mercados múltiples, de alcance limitado, diferenciados no sólo por los obstáculos de transporte y la inmovilidad de los recursos naturales, sino también por la estrategia del monopolio múltiple, característico de este tipo. El liberalismo neoclásico teorizaba sobre el unimercado, mientras la política comercial y financiera de los gobiernos de países dominantes y las maniobras tácticas de los monopolios determinaban la diferenciación de los mercados. Los esfuerzos más recientes —como la Comunidad Económica Europea— resultan en la formación de mercados múltiples proyectados según las preferencias neocoloniales e interimperialistas.

Lógicamente las inversiones múltiples (convergentes/divergentes; horizontales/verticales/diagonales) orientadas por una estrategia global de maximización de beneficios en términos de volumen más que de proporciones, se ajustan al *multimercado*, superando las diferencias, violentando barreras institucionales o de otra índole, combinando puntos óptimos de localización, mimetizándose para neutralizar las condiciones locales adversas y diversificando los riesgos en el espacio, el sector de actividades y el tiempo. La multi-inversión es el modo instrumental en que el monopolio transnacional enfrenta el problema del multimercado que ha contribuido a desarrollar. Multimercado y

multi-inversión son dos aspectos de la misma dinámica capitalista de dominación mundial.

El desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo tiene lugar a escala del planeta, en la fase del monopolio múltiple transnacional. Se trata de una división capitalista mundial del trabajo, que es simultáneamente una especialización avanzada y una integración. La posibilidad concreta de localizar ramas, procesos, plantas, explotaciones económicas, de manejar redes de transporte y comercialización, de obtener informaciones prácticamente instantáneas de cualquier lugar y procesarlas electrónicamente en centros estratégicamente distribuidos, de influir decisivamente en determinaciones políticas nacionales o multinacionales, de movilizar a elevada velocidad funcionarios y agentes a través del mundo, hace de las corporaciones múltiples factores poderosos de combinación de fuerzas productivas en modelos complejos con variables muy numerosas y parámetros operativos en diferentes niveles de agregación. El multimercado continúa existiendo, como condición de la acción monopolística y como imperativo de las dimensiones de espacio, tiempo y autoridad jurisdiccional; pero el aparato productivo se integra como una necesidad de la expansión del sistema aunque las imperfecciones del mercado, las propias contradicciones intermonopólicas y la emergencia contemporánea del nacionalismo de los países periféricos oponen obstáculos a una continuidad y consolidación completas. Sin embargo, la expansión cumple su función aproximativa, desplazando etapas y procesos de los centros a la periferia, y entre los propios centros, jerarquizando los grados de desarrollo y concentración de las fuerzas productivas, para elevar incesantemente las tasas de productividad —en el criterio técnico/lucrativista— como condición de persistencia del sistema; pero, por lo mismo, preparando el advenimiento de un orden superior en la secuencia histórica.

Coyunturalmente se registra la depresión actual, probablemente la más grave de los últimos treinta años, después de la ocurrida en la cuarta década, con incidencia en el desarrollo mismo de las fuerzas productivas. Los signos parecen ser análogos: alarmante desempleo, descenso de la producción y de las ventas, aumento de los inventarios, deterioro de la inversión, crisis financiera y monetaria, desequilibrio considerable de la balanza de pagos, pérdidas netas, reacción de la conducta del consumidor, quiebras, desorientación de la política económica, entre otras manifestaciones. Los pronósticos de inmediatez

recuperación fallan, aunque seguramente habrá recuperación coyuntural. El arsenal Keynesiano y el neoclásico, en una mezcla son utilizados para combatir la depresión y la inflación, pero el proceso sigue su curso, reafirmando su carácter de inevitable alternativa a los excesos, tensiones y distorsiones ocasionados por el auge. Aunque en las décadas anteriores, desde la II guerra mundial, se registraron depresiones con diferente intensidad, la presente es más profunda. Puede indicarse, en intención explicativa, que esta gravedad coyuntural revela el agotamiento relativo de los impulsos de crecimiento capitalista que se extendieron durante los 30 años precedentes: la restauración europea y japonesa, la «revolución tecnológica», la explosión del consumo, el fortalecimiento del dispositivo militar imperialista, la explotación acelerada de fuentes de petróleo y materias primas, la industrialización periférica y la acentuación del intercambio no equivalente centro/periferia, entre otros. También hay que mencionar la aplicación de la política Keynesiana como innovación supraestructural correctiva de los efectos más agudos de la acción monopolística, cuya eficacia se ha debilitado casi decisivamente frente a la transformación misma de la composición y la dinámica del supermonopolio.

La característica de la inflación capitalista actual es su internacionalización, su afluencia a nivel de la totalidad del sistema. En los países periféricos, por lo general, los procesos inflacionarios se han hecho crónicos, exacerbados en los periodos de mayor deterioro de la relación real del intercambio y, por tanto, de desequilibrio pasivo más grave de la balanza de pagos. Los procesos inflacionarios de la periferia capitalista revelan, en la esfera de la circulación, las peripecias de la concentración de capital e ingreso por parte de las clases dominantes internas, de las exacciones por parte de las clases dominantes internacionales y, en conjunto, de la intensidad de explotación de las clases trabajadora y campesina. La nueva inflación, si así puede denominarse, emerge de los centros más desarrollados del capitalismo y se difunde por el orbe dominado. Revela las contradicciones profundas del modo de producción en su fase de transnacionalización y la gravedad del desperdicio de fuerzas productivas en la lucha por la sobrevivencia del sistema (agresiones antiliberalización, aparato militar de contención del socialismo y del nacionalismo popular, multiplicación del consumo improductivo compensatorio del exceso de oferta no esencial, derroche de recursos naturales ubi-

cados principalmente en la periferia, obsolescencia forzada de medios de producción). Revela igualmente las contradicciones internas en los centros, entre las clases dominantes y las trabajadoras, y el reparto de dividendos de compensación social no ajustados a los progresos de la productividad. Esta inflación se sobrepone a las fases coyunturales, persiste, tiende a hacerse crónica y total. Las nuevas formas de acumulación, que acentúan el carácter contradictorio de la misma con las necesidades de ampliación mundial de la demanda, desencadenan presiones inflacionarias que son favorecidas por el auge de liquidez internacional que la propia acumulación exige. La inflación, pues, acompañará inevitablemente a la nueva fase de expansión capitalista, que será su fase final.

El quebrantamiento del dólar como divisa central del sistema capitalista, la flotación de las monedas europeas y japonesas, el alza del precio de mercado del oro y la práctica invalidación de su precio oficial, la pérdida de poder adquisitivo de las reservas, la recurrencia a los derechos especiales de giro (DEG) como referencia de paridad, los flujos masivos de divisas hacia los países exportadores de petróleo y su «reciclaje» a los centros financieros capitalistas, entre otros hechos, conforman una ruptura múltiple del orden monetario y financiero establecido en las postrimerías de la II guerra mundial. Transcurre actualmente un periodo de transición a un nuevo orden de la circulación capitalista mundial, que aún no se ha definido. Puede indicarse, sin embargo, que el oro no volverá a desempeñar una función primordial como patrón monetario y tampoco lo hará el dólar. El nuevo orden reflejará posiblemente la correlación de fuerzas económicas y políticas que emerja de la coyuntura actual. Ninguna divisa nacional se establecerá como centro o eje del sistema. La inclinación es hacia un arreglo multinacional, con participación de las divisas más fuertes, y un margen de flotación para propiciar la flexibilidad de los mecanismos monetarios internacionales. Una autoridad reguladora vigilará la aplicación de las nuevas reglas de juego. Los EUA no monopolizarán, como hasta ahora, el privilegio de ser banqueros del mundo capitalista. El policentrismo reemplaza al monocentrismo hegemónico.

4. LA AVENTURA DEL PRONÓSTICO

La conclusión general que deriva del análisis anterior es que el capitalismo está sufriendo una nueva transformación para adaptarse a nuevas condiciones limitantes de su expansión. Este proceso es lo que he denominado reordenación del sistema capitalista, un modo de sobrevivencia —¿por cuánto tiempo?— que permite conservar las bases y las columnas maestras, con ajustes más o menos considerables en las características complementarias. Entre estos ajustes hay que mencionar los siguientes: i) la diversificación del poder central dominante del sistema, pero con unidad estratégica en lo fundamental; ii) la redefinición del régimen de dependencia de la periferia con respecto al sistema, es decir, su papel modificado en la nueva división del trabajo y en la menos desigual relación de intercambio; iii) la organización transnacional de las fuentes de acumulación y de su realimentación, pero utilizando como bases de apoyo los centros dominantes; iv) el desarrollo de una tecnología menos dependiente de la explotación directa de recursos naturales agotables y menos contaminante del medio ambiente, v) el aumento de la proporción de productos macroeconómicos (obras de infraestructura) con respecto a la producción total de bienes durables, bien sea para la conservación, bien para ampliación del potencial productivo o para disfrute colectivo; vi) el establecimiento de un nuevo régimen monetario, con un patrón múltiple (los DEG, por ejemplo), cotizaciones flexibles y reservas diversificadas, con una autoridad reguladora (como el FMI); vii) un intercambio internacional más sometido a regulación mediante convenios entre bloques.

Es evidente que el modelo de explotación primaria tiende a su fin aceleradamente. Más pronto o más tarde —probablemente más pronto que tarde— los Estados nacionales de los países poseedores de recursos naturales como base de exportación tomarán el control directo de la explotación; sin embargo, las corporaciones transnacionales continuarán participando de alguna manera en fases importantes del proceso, como la comercialización, la industrialización y el suministro tecnológico. Por ello la dependencia no desaparecerá, sino que se transformará, dando lugar a una participación mayor de los países exportadores primarios en los proventos del negocio. Estos países —sus burguesías y estratos tecnocráticos— querrán avanzar en el control del proceso de aprovechamiento de sus materias primas y reclamarán un mejor reparto del excedente global obtenible. Ten-

derán igualmente a lograr garantías de abastecimiento de bienes industriales y servicios tecnológicos a precios «razonables». Fomentarán, individual o mancomunadamente, medios de adaptación de tecnologías, de mejoramiento tecnológico y aún de creación de tecnologías de menor complejidad. Avanzarán en el camino de la expansión vertical de sus aparatos productivos. Significa esto que los rangos y modos de la dependencia se superarán progresivamente. Paralelamente, las clases explotadas de estos países se desarrollarán —el desarrollo de la burguesía implica el desarrollo de las clases trabajadoras— y el *salario real global* se elevará, de tal manera que los grados internacionales de explotación se aproximen entre sí, o sus distancias medias se reducirán, por lo tanto el intercambio será menos desigual. Desde luego, este proceso será desigual entre los países del «tercer mundo», algunos avanzarán más que otros, en razón de las diferencias de recursos y de «grados de subdesarrollo».

Pueden apreciarse algunos signos de una incipiente reacción de los consumidores, en los propios centros dominantes, ante los excesos del «consumismo» o las deformaciones y perversiones de la «sociedad de consumo». La menor demanda —de artefactos electromecánicos multiplicados y difundidos por el capitalismo, incluso automóviles— tiene causas tanto coyunturales como de modificación de la actitud del consumidor. Esto no debe interpretarse como la subversión inmediata, ni siquiera a corto plazo, del modo de vida implantado y estimulado por el capitalismo; pero el colapso del patrón de consumo tendrá que ocurrir en la medida en que la sociedad se incline a estimar relativamente más las satisfacciones culturales superiores y las condiciones ambientales del bienestar que los bienes individuales, cuya utilidad, por lo demás, se irá reduciendo en virtud del deterioro de las facilidades para disfrutarlos (congestionamiento, contaminación, saturación, por ejemplo). En otros términos se irán imponiendo valores sociales, éticos, estéticos, sobre valores utilitarios. Puede parecer una utopía; pero el propio capitalismo genera las condiciones sociales para su negación.

Se ha demostrado históricamente que no es probable la «revolución permanente», en el sentido de su simultaneidad o secuencia estrecha, sino la revolución por casos en diferentes etapas históricas y en diferentes niveles de desarrollo —o no desarrollo— capitalista. En este sentido cabe el pronóstico de la ocurrencia de modelos socialistas nacionales en países tanto del Viejo como del Nuevo Mundo, tanto desarrollados como no desarrollados. El área capitalista irá contrayéndose, y por bastante tiempo habrá «islas» o «archipiélagos» capi-

talistas tanto a nivel del país, como de actividades. El colapso final del capitalismo no subvendra como una explosión o una crisis general y mundial, sino como un proceso a cumplirse en el tiempo, en el espacio y en las instancias estructurales y supraestructurales de la sociedad.

SUMMARY: Capitalism suffers two crises: a structural one and a serious one of conjunctural character. It came into a stage of rearrangement in order to fit to new conditions and ways of operation. It will collapse "not because as an explosion or world and general crises, but as a process" to be according to social structure and values.

RÉSUMÉ: Le capitalisme actuelle traverse par deux crises: une de nature structurelle et une autre de conjoncture. Ce capitalisme entre actuellement dans une période d'arrangement afin de s'adapter aux nouvelles conditions et modalités de fonctionnement. La chute du capitalisme "ne viendra pas sous la forme d'une explosion ou d'une crise générale et mondiale, mais cela va se produire dans le temps et l'espace d'accord aux traits structurelles et aux valeurs de la société".